

Amador Palacios, *El pie en la alimaña (Castilla-La Mancha y la literatura de vanguardia)*, Toledo, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 2007, 252 pp.

Amador Palacios ha ido desarrollando a lo largo de los años una, cada vez más interesante, labor como poeta, traductor y ensayista. Como poeta cabe destacar títulos como el reciente *Licencias de pasaje* (2007), pero también otros tales como *Canta y no llores* (2006) o la magnífica antología de su producción editada en Cuenca por El Toro de Barro, *Pajarito bañándose en un charco* (2001). Su labor está caracterizada por una gran coherencia que, en lo que a su aspecto ensayístico se refiere, se ha centrado sobre todo en el estudio de los movimientos de vanguardia que han poblado la segunda mitad del siglo XX, especialmente el Postismo, y en esos autores (como Cirlot, Chicharro, Nieva, Carriedo o Labordeta, por citar algunos) con los que, aun siendo fundamentales en el desarrollo literario de su época, perdura una deuda no siempre reconocida. Precisamente este conjunto de ensayos de Palacios intenta, de algún modo, contrarrestar una parte de esa deuda, así como (y de su propio subtítulo se infiere) hacer ver el papel que los territorios castellano-manchegos han tenido que ver como foco de atracción e irradiación literaria y fuente de inspiración para innumerables artistas, fundamentalmente vinculados a la vanguardia, pero también de períodos históricos precedentes en los que se percibirían ya, como dice su autor, “ciertas actitudes de adopción vanguardista”. No se nos entienda mal, no se trata de una apología de localismos o visiones limitadas y provincianas tan al uso, sino de un amplio y riguroso estudio elaborado con sumo acierto y precisión en el que se busca interpretar la visión del arte de creadores (foráneos o locales) los cuales habrían realizado todo o parte de su obra en tierras manchegas.

Como hecho más destacable, que ocupa el cuerpo central del libro proyectando su sombra hacia los capítulos iniciales y finales, está el influjo del Postismo. Por ello no es extraño que Palacios dedique abundantes páginas a explicar su gestación y evolución, detallando todos los sucesos e interpretaciones posibles que, frecuentemente, han sido analizadas con mayor o menor acierto por la crítica. Parece indudable, y así lo señala el propio autor, que la breve existencia de ese movimiento posvanguardista creado en Madrid en 1945 por Chicharro y Ory (no vamos a profundizar ahora en matices genésicos precedentes), y tan importante por ser la primera manifestación vanguardista de la posguerra, pudo prolongarse en el tiempo “en muy gran medida a través de autores y eventos castellano-manchegos” o, más que el propio movimiento en sí, su reivindicación de la imaginación desbordante y cierto espíritu transgresor. Ese espíritu habrá de estar muy presente en las revistas de la órbita del realismo Mágico, surgidas, en su mayoría, en esta región, como es el caso de *Deucalión*, *Doña Endrina* o *Trilce*. Aunque, nos recuerda Palacios, ese sentimiento de novedad no se va a agotar ahí, sino que perdurará décadas después en la labor creativa y editorial de Carlos de la Rica y, todavía más tarde, en la Escuela de Poesía *La Camama*, casi cuatro décadas después del surgimiento del Postismo.

Para explicar la atracción por lo novedoso y rupturista vinculado a la comunidad castellano-manchega se analiza en el primer capítulo el influjo que ya en tiempos pretéritos representó la ciudad de Toledo para diversos creadores, especialmente para El Greco, que permanecería en esta ciudad a lo largo de cuatro décadas. Se ofrece así una visión de Toledo como una urbe atrapada en la paradoja de representar los valores firmemente asentados de la más rancia tradición conviviendo con un impulso de modernidad y un eclecticismo propios de una mentalidad que anticiparía la vanguardia. Estas cualidades sintonizarían con la sensibilidad de Domenico Theotocópuli, en cuya obra, a decir de Palacios, “se revela una inclinación vanguardista: predilección por el primitivismo y el exotismo en contra de lo racional”. Junto al pintor cretense destacarían, entre muchos otros, dos artistas que sentirían la llamada de la ciudad: Rainer Maria Rilke y Luis Buñuel. El primero, pese a su breve estancia (apenas cuatro semanas entre 1912 y 1913), vivirá Toledo como un “presentimiento, un ideal”, pero también una “resonancia” que le dejará hondas impresiones. El segundo fundará en la ciudad manchega, en 1923 en pleno auge vanguardista, *La Orden de Toledo*, que no era un ismo, sino una especie de delirio tan común entre las vanguardias, “una actitud impregnada del más fuerte espíritu vanguardista” que Buñuel compartía con otros compañeros de la Residencia de Estudiantes.

A partir de ese entronque con la vanguardia del primer tercio del siglo XX Palacios nos traslada a la Ciudad Real de posguerra, a la influencia del Postismo y a las tres publicaciones que Gregorio Prieto (quien había prefigurado el movimiento con Chicharro en Roma años antes) va a realizar a su regreso a España a finales de los cuarenta, precisamente con la colaboración de tres de los grandes creadores ligados a esta vanguardia: Chicharro, Ory y Crespo. Los tres textos (*Toro-Mujer*, *Macho-Machungo* y *Niño-Mosca*) se ofrecen en un acertado apéndice final del libro. El recorrido que realiza Amador Palacios por la génesis, influencias y evolución del Postismo resulta muy preciso, no en vano se trata de un movimiento que conoce a fondo por sus artículos y libros sobre el tema (*Jueves postista* o una biografía de Carriedo podrían citarse como significativos). También ese recorrido se hace imprescindible para el lector (como ya hemos apuntado más arriba), pues sirve para evaluar en su justa medida la presencia de Ciudad Real como una de las principales urbes ligadas al Postismo, así como para entender la cercanía mayor o menor a la vanguardia de poetas manchegos absolutamente fundamentales como Juan Alcaide Sánchez.

Serán las implicaciones del Postismo en la obra de un autor como Francisco Nieva, pintor y dramaturgo manchego, las que ocupen el tercer capítulo del libro, centrándose sobre todo en su producción juvenil englobada en *Centón de teatro*, así como en dos de sus obras fundamentales: *La carroza del plomo candente* y *Delirio del amor hostil*. Las apreciaciones de Palacios sobre el tema ayudan a entender algo no siempre reconocido en profundidad, esto es, cómo el joven Nieva hallará en este movimiento dos principios fundamentales que habrán de pervivir en su producción dramática: “la escritura del caos” y una imaginativa “contraliteratura que tiene la misión, no de representar, sino de

inventar". Estos principios serán, junto a Valle y Ramón (entre otros), algunos de los influjos fundamentales del entonces incipiente arte antirrealista de Nieva, cuyo lenguaje es estudiado aquí, con suma exhaustividad.

Los dos ensayos finales se dedican a analizar las consecuencias que la "revolución" postista tendría en la literatura española y cómo esas consecuencias se harían palpables, sobre todo en Castilla-La Mancha. Por un lado, a través del llamado "realismo Mágico" que no será sino, en la década de los cincuenta, una continuación del Postismo a través de la obra de diversos creadores aglutinada en publicaciones como la madrileña *El Pájaro de Paja* (de Carriedo, Crespo y Muelas) o tres revistas manchegas: *Deucalión* (de Crespo, la más versátil de todas, editada por la Diputación de Ciudad Real), *Doña Endrina* (de Fernández Molina) y *Trilce* (más marginal y a cargo de Leyva Fernández y Suárez de Puga), entre otras. Por otro lado, ese influjo se extenderá en la producción de un gran poeta como Carlos de la Rica, al que se dedica el último capítulo. Carlos de la Rica no sólo iniciaría su producción vinculado a esas revistas citadas, sino que su "realismo mitológico" de corte culturalista (surgido, como señala Palacios, como alternativa personal frente a "los derroteros que iba tomando la poesía social") hundirá sus raíces en el realismo Mágico y en el Postismo. A ambos movimientos reivindicará ya en los años sesenta a través de su editorial *El Toro de Barro*, en la que publicará también "una poesía distinta de corte vanguardista", y participará en la irrupción en el panorama de nuevos talentos como el "novísimo" Martínez Sarrión o la obra del llamado "grupo de Cuenca", obra de carácter experimental y rupturista.

Aunque el propio autor revela en el prólogo el origen variado (artículos, conferencias, estudios...) de algunos de los textos que conforman el libro, su vinculación temática justifica más que sobradamente su reunión en un único volumen manifestándose las relaciones entre unos y otros como una suerte de vasos comunicantes.

La ausencia de un estudio pormenorizado de la literatura de corte vanguardista realizada actualmente en Castilla-La Mancha está plenamente justificada por la intención del autor de ceñirse "a lo ya histórico", consciente, con toda probabilidad, de que, por un lado, la riqueza de manifestaciones actual obligaría a un proceso de selección y a una extensión que trascenderían el ámbito ceñido de este libro. Por otro, la falta de perspectiva con la que, de un modo inevitable, se tiende a juzgar lo concerniente a la realidad factual no tendría cabida en un ensayo de carácter historicista como es éste. No obstante, para el lector ávido de conocimiento se apuntan algunas (muy útiles) referencias en el prólogo a este momento presente en las que se podría ahondar. De hecho, el propio Palacios lo hace al destacar a artistas tan interesantes como pueden ser Dionisio Cañas, Teo Serna o Juan Carlos Valera, de los cuales se incorporan pequeñas muestras de su producción, como parte del atractivo apéndice antológico final ("Florilegio") en el que se incluye también obra de Gregorio Prieto, Francisco Nieva, Ángel Crespo, Antonio Fernández Molina, Carlos de la Rica, Antonio Gómez, etc. Además, conviene advertir cómo la referencia a las fuentes de estas producciones demuestra la asimilación por

parte de esa literatura viva y palpitante de las nuevas tecnologías (Internet incluido).

En cualquier caso, se trata de un libro clarificador en el que la extensa y completa bibliografía aportada, el rigor, la búsqueda de un hilo conductor entre los hechos históricos presentados, el análisis lúcido, minucioso y preciso de cada uno de los momentos, así como la percepción de una sensibilidad especial arraigada en épocas precedentes a la actual se revelan como algunos de los grandes méritos de una obra, a partir de ahora, indispensable.

Mario Paz González